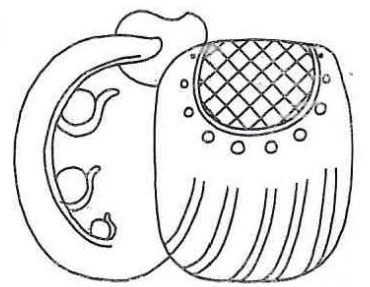


CONACULTA • INAH

Lakamha'



BOLETÍN INFORMATIVO
DEL MUSEO DE SITIO
Y ZONA ARQUEOLÓGICA
DE PALENQUE

AÑO 3 / SEGUNDA ÉPOCA
No. 11 / ABRIL — JUNIO 2004



Alfred Maudslay y Graham Greene:
dos ingleses en Palenque

Alfred Maudslay y Graham Greene: dos ingleses en Palenque

Desde su re-descubrimiento, Palenque se ha convertido en un sitio interesante para ser visitado. Durante el siglo XIX, numerosos viajeros europeos recorrieron el difícil camino que, finalmente, conduce al centro de la antigua ciudad. Afortunadamente, varios de ellos tuvieron interés en compartir su aventura, escribiendo libros de viaje que hoy, muchos años después, siguen acercándonos a sus experiencias. Sus narraciones ilustran el contraste que los autores experimentaron al notar las diferencias entre la vida urbana moderna y los agrestes y lejanos parajes que cobijan a las antiguas capitales mayas.

Sin embargo, al interesarnos en esta literatura, debemos recordar que no existe una razón común que provoca el viaje. En la historia contemporánea de lugares como las ruinas de Palenque, podemos distinguir al menos tres causas diferentes. En primer lugar, el surgimiento de la arqueología como disciplina científica ocurre durante la segunda mitad del siglo XIX, época en que viajeros, como Alfred Maudslay, se interesaron en documentar las características estéticas y formales de las ruinas, que fueron difundidas en obras connotadas como *Biología Centrali-Americana*, pensada para ser disfrutada por otros académicos y conocedores. Por otro lado, el desarrollo económico europeo de la época facilitó también el nacimiento del turista, personaje poseedor de recursos económicos que le permiten satisfacer su necesidad de experimentar lugares diferentes y lejanos. Otros viajeros se trasladan por razones políticas o periodísticas, como Graham Greene, quien visitó Palenque en 1938.

El presente número de *Lakamha'* pretende acercarnos a algunas vivencias de dos viajeros británicos, que experimentaron Palenque antes de que contara con las facilidades de acceso contemporáneas. Trabajos motivados por razones distintas, nos permiten entender las alternativas emocionales de los visitantes, mismas que no siempre son placenteras. Iniciamos también una nueva época de este boletín, misma que continuará difundiendo resultados de investigación recientes y textos relevantes de épocas previas.

Palenque, Chiapas
Junio 2004

CONACULTA • INAH

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Sari Bermúdez
Presidenta

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Raúl Sergio Arroyo García
Director General

Moisés Rosas Silva
Secretario Técnico

Alejandro Martínez Muriel
*Coordinador Nacional
de Arqueología*

José Enrique Ortíz Lanz
*Coordinador Nacional de Museos
y Exposiciones*

Laura Pescador Cantón
Directora del Centro INAH Chiapas

Juan Antonio Ferrer Aguilar
*Director de las Zonas
Arqueológicas de Palenque,
Bonampak y Yaxchilán*

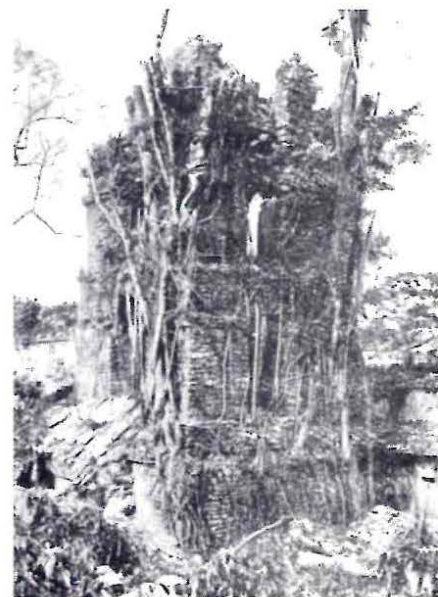
Roberto López Bravo
*Director del Museo de Sitio
"Dr. Alberto Ruz L'Huillier"
de Palenque*

Dory C. Mac Donal Vera
Guillermo Bernal Romero
Responsables editoriales

Una expedición científica 3

Exploraciones en Palenque
Alfred Percival Maudslay 4

A fines del siglo XIX, las exploraciones de Maudslay abrieron la era de las investigaciones científicas en el área maya. En este ameno texto, el arqueólogo británico relata las indagaciones que llevó a cabo en Palenque durante 1891.



Un viaje desafortunado 10

Visitando las ruinas
Graham Greene 11

En 1938, el célebre escritor inglés Graham Greene recorrió nuestro país en la búsqueda de testimonios sobre el áspero conflicto entablado entre el gobierno mexicano y la Iglesia Católica. De manera incidental, visitó las ruinas de Palenque. Su relato ilustra vívidamente las dificultades que, aún durante la primera mitad del siglo XX, ofrecía llegar y permanecer en la antigua ciudad.



Una expedición científica

Alfred Percival Maudslay es sin duda, el pionero de la arqueología científica en el área maya. Nació en Inglaterra el 18 de marzo de 1850, en el seno de una acaudalada familia de industriales. Alfred ingresó a la Universidad de Cambridge en 1868 y se graduó en Ciencias Naturales cuatro años después. Después tomó un empleo como médico escolar, que pronto abandonó, ya que los crudos inviernos ingleses le provocaban severas bronquitis. Desde entonces se propuso vivir en algún país de clima cálido. Durante su estancia en la universidad conoció a J. W. Clark, Secretario de la Sociedad de Anticuarios de Cambridge, quien sembró en él la inquietud por la arqueología. La afición de Maudslay se acrecentó al conocer las fotografías de los monumentos y construcciones mayas de Copán y Quiriguá. En 1874 zarpó hacia Jamaica, con el propósito de explotar una plantación de tabaco, pero una cuarentena lo obligó a seguir a Trinidad. Ahí aceptó un cargo como secretario del gobernador de la isla, William Cairns. Al siguiente año, en 1875, se le asignaron puestos en las islas Fiji, Tonga y Samoa, en la Polinesia, recientemente anexadas al imperio británico. Regresó a Inglaterra en 1880, pero a fines de ese año se embarcó con rumbo a Honduras Británica (Belice) y de ahí a Puerto Livingston, en las costas guatemaltecas. El objetivo era visitar Quiriguá y Copán, ciudades que ya habían sido descritas por cronistas españoles y viajeros europeos y norteamericanos. Maudslay había leído a John Lloyd Stephens y se sintió motivado para conocer las obras antiguas que éste describió durante su visita al área maya (1840-1841). A este respecto, escribió:

El objeto principal de mi primer viaje [a América Central] no fue la investigación geográfica ni anticuaria, sino el deseo de pasar el invierno en un clima cálido. No había yo hecho ningún estudio de la arqueología americana, pero la relación de los viajes de Stephens había despertado mi interés y salí para Guatemala en el invierno de 1880 para 1881 con la esperanza de llegar a alguna de las ruinas que tan admirablemente había descrito ese autor.

Durante su viaje a Centroamérica conoció a un negociante llamado Frank Sarg, quien le informó acerca de la existencia de una gran ciudad maya cercana al pueblo de Flores, en la densa selva del Petén guatemalteco: Tikal. Después de un largo y agobiante viaje desde la población de Cobán, Maudslay llegó a Tikal y quedó maravillado por la monumentalidad de sus edificios. De regreso en Inglaterra, planeó un nuevo viaje a Centroamérica, esta vez con el firme propósito de registrar con exactitud los monumentos esculpidos mayas. La cámara fotográfica de placa seca, invento revolucionario de esa época, le dio las posibilidades para hacerlo. Además, retomando una idea del explorador francés Désiré de Charnay, hizo moldes de yeso y papel

maché de las esculturas, cuyas reproducciones sirvieron para plasmar dibujos precisos. Maudslay realizó, bajo su cuenta y riesgo, seis viajes de estudio y exploración en el área maya. En Palenque llevó a cabo el desmonte más importante de la zona e hizo varias excavaciones en el Palacio. Asimismo, levantó los planos del centro de la ciudad. En 1892 y a los 42 años de edad, Maudslay se casó con Ann Cary Morris, una educada e inteligente mujer neoyorkina. Poco después abandonó sus investigaciones en el área maya, aunque ello no lo alejó de México. Después de su último viaje al sureste (entre 1894 y 1905) pasó largas temporadas en un pueblo cercano a Oaxaca, donde explotaba una pequeña mina de oro. Realizó exploraciones en Monte Albán, pero la escasez de fondos le impidió sostenerlas (la empresa industrial de su familia había decaído ante la competencia). Tres veces solicitaron el financiamiento de la Institución Carnegie de Washington, mismas que fueron rechazadas. Alfred y Ann vendieron sus propiedades en Oaxaca y se mudaron al pueblo de San Ángel, cercano a la ciudad de México, donde vivieron dos años. En esa época tradujo la Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, de Bernal Díaz del Castillo, y realizó algunos estudios sobre el Templo Mayor de México-Tenochtitlan. En 1907, y ya sintiéndose viejo, el arqueólogo inglés se instaló definitivamente en su casa de Morney Cross, a la orilla del río Wye, en el sur de Inglaterra. Su esposa, Ann, murió en 1926 y él se casó dos años después, con Alice Purdon. Alfred Maudslay murió en 1931, no sin antes ser reconocido por sus aportaciones a la arqueología, tanto en México como en su patria. Aquí, Porfirio Díaz lo nombró representante de los precursores de la arqueología mexicana, a despecho de otros que, como Désiré de Charnay, creían tener mayores merecimientos. En Inglaterra, recibió diversas distinciones de las instituciones más prestigiadas en la materia. *Biologia Centrali-Americana* es el título de los ocho volúmenes en los que Maudslay vertió los resultados de su trabajo pero, al tratarse de una obra costosa y poco accesible para lectores no especialistas en su temática, los amigos del arqueólogo le pidieron que elaborara un libro más accesible, en el que mencionara sus experiencias personales. En el prólogo de ese libro, Maudslay explica que inicialmente se resistió porque no contaba con apuntes anecdóticos, sino sólo técnicos; sin embargo, su esposa Anne Cary Morris, quien lo había acompañado en su último viaje, en 1894, sí había escrito un diario. Así, planearon un pequeño libro que creció hasta quedar convertido en un volumen de 290 páginas con 102 ilustraciones, entre planos, cromolitografías y fotografías, titulado *Un vistazo a Guatemala y algunas notas sobre los monumentos antiguos de Centroamérica*, que publicó en Londres la casa editorial John Murray en 1899.

Exploraciones en Palenque

Alfred Percival Maudslay

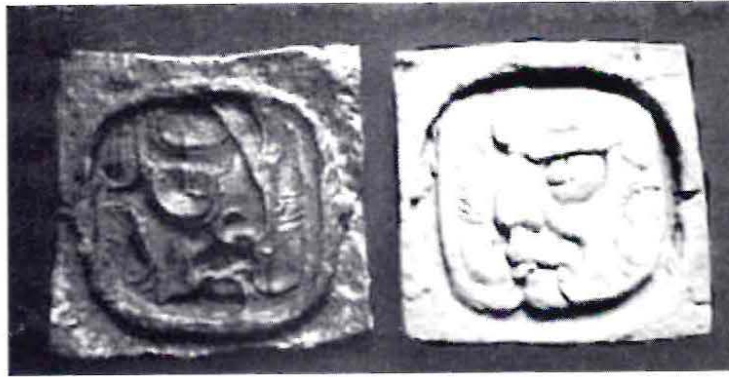


En 1889, Maudslay eliminó la mayor parte de la maleza que cubría el Palacio de Palenque y llevó a cabo un minucioso registro fotográfico y descriptivo del conjunto. Lado norte de la Torre, peculiar construcción de tres niveles, donde el arqueólogo británico aparece posando frente a uno de los vanos.

El 20 de febrero, Gorgonio, José Domingo y Caralampio López llegaron a Palenque después de un viaje a caballo desde Guatemala y de inmediato nos pusimos a trabajar haciendo moldes de papel de las inscripciones; al cabo de tres semanas, muchos moldes estaban ya secos y almacenados en uno de los templos, y los que se estaban haciendo estaban pegados a las piedras esculpidas, cuando una noche, ya tarde, empezó a

caer una fuerte tormenta. En la oscuridad era imposible llegar hasta el templo donde estaban guardados los moldes, pues todo el espacio intermedio estaba cubierto de árboles talados y aun en el día era una gimnasia pesada ir de un edificio a otro. Cuando se hizo de día y pudimos llegar hasta el templo, vimos que las cubiertas impermeables con las que habíamos tapado los moldes no habían bastado para protegerlos de la fuerte lluvia y que la

* Nota de los editores. El presente texto de Maudslay es un extracto de su obra *Un vistazo a Guatemala y algunas notas sobre los monumentos antiguos de Centroamérica*, publicada en Inglaterra, en 1899. Fue tomado del libro de Martha Poblett *Narraciones chiapanecas. Viajeros extranjeros en Palenque, siglos XVIII y XIX*, Gobierno del Estado de Chiapas, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, 1999, p. 209-215.



Molde original de Maudslay, elaborado con papel maché, y reproducción reciente de un cartucho glífico ubicado sobre la Pilastra C de la Casa A del Palacio. Muestra la expresión *Naah K'in*, "Primer Sol".

mitad se había transformado en una masa pastosa, mientras que los que estaban haciéndose se habían deslavado casi por completo. Todo el día siguió lloviendo, los cuartos en los que vivíamos estaban parcialmente inundados, el agua escurría de las paredes y el techo goteaba por todas partes. No fue sino hasta el día siguiente cuando volvió a salir el sol y pudimos poner a secar los moldes que quedaban; entonces nos cercioramos de que la mayor parte del trabajo tenía que hacerse de nuevo.

No fatigaré a mis lectores contándoles todos los problemas que pasamos para contratar trabajadores, era el viejo cuento de efusivas ofertas de ayuda y promesas rotas una y otra vez; en algún momento, por unos días, de hecho llegamos a tener cincuenta hombres trabajando, y la siguiente semana nos quedamos sin uno solo. Durante muchos días, nuestro único contacto con el pueblo se mantuvo gracias a los dos muchachitos que nos traían las tortillas que habíamos contratado. Estos animosos pequeñines caminaban solos las doce millas a través del bosque, aunque estaban tan chiquitos que al llegar a las ruinas tenían que ayudarse mutuamente a subir y bajar las escaleras bastante empinadas por las que se entra o se sale de los patios. Tal vez el chocolate y las galletas que recibían de premio tuvieran algo que ver con la persistencia con la que seguían desempeñando su tarea.

El bosque que rodea las ruinas es tan denso como cualquiera de los que vi en Centroamérica y no pudimos limpiar la maleza ni derribar los árboles más que en tres cuartas partes del área comprendida en el plano, pero esto bastó para sacar a la luz todos los edificios principales. Se necesitan dos semanas de sol para que se sequen las hojas una vez que se tira un árbol y, por supuesto, es muy importante que se quemé al mismo tiempo todo el espacio que se ha limpiado, pues como las hojas secas se queman

fácilmente, el intenso calor se encarga de destruir las ramas y las varas más pequeñas; desafortunadamente, no tuvimos dos semanas seguidas sin lluvia, y con cada aguacero que caía las ramas perdían más hojas y disminuía la cantidad de material fácilmente inflamable. Sólo hasta el 15 de abril pudimos prender fuego a toda el área que habíamos limpiado, y como el resultado no fue muy satisfactorio, después tuvimos que dedicar mucho tiempo a amontonar las ramas que el fuego no había consumido y hacer estas quemas secundarias. Naturalmente, los troncos y las ramas más grandes no se consumieron, aunque algunos de los troncos más secos estuvieron ardiendo muchos días.

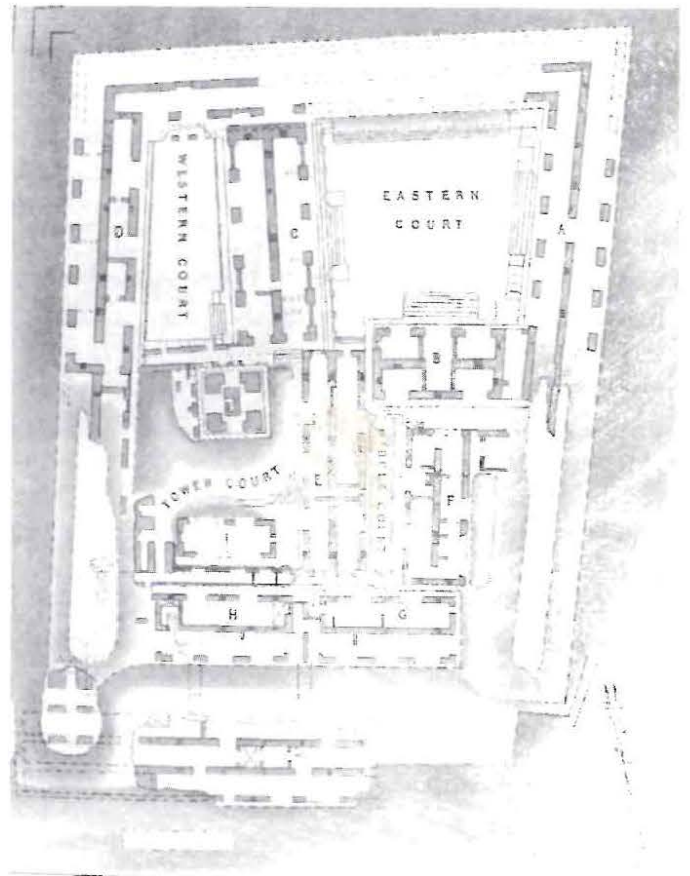
Ésta es una breve descripción de los principales edificios en la que conservo los nombres antiguos, aunque un tanto equívocos, que les dan los vecinos de Santo Domingo. No hay pruebas de que el edificio al que llaman Palacio, del que se ofrece un plano por separado en la siguiente página, se haya usado como la residencia de un gran jefe, y me inclino a considerarlo como una serie de edificios construidos en épocas distintas y dedicados a propósitos religiosos. Ha desaparecido cualquier rastro de escaleras en los taludes externos del basamento, cubiertos como están de piedras y escombros que caen de los edificios superiores. Por su estructura, cada una de las casas que forman el grupo del Palacio no difieren sustancialmente de las descubiertas en Chichén y en Copán; generalmente tienen dos cámaras angostas contiguas, techadas con bóvedas de piedra escorzadas. Los pilares externos de la casa "A" están decorados con figuras humanas moldeadas en estuco duro y rodeadas de un borde ornamental. Los pilares occidentales de las casas "C" y "D" están decorados de la misma manera, y hay muchos otros rasgos de ornamentos similares en los otros edificios, generalmente demasiados destruidos

para descifrar el dibujo. En algunos casos, estos ornamentos se han conservado de manera muy extraña: el agua que constantemente cae en ellos desde arriba cruza la densa capa vegetal en putrefacción que recubre los techos de los edificios, cargándose de ácido carbónico; luego se filtra por las lajas con las que están contruidos el techo y la cornisa, disolviendo parte de la piedra caliza, y depositándola en una formación estalactita al frente de los pilares. El señor Price y yo trabajamos algunas semanas quitando esta incrustación de los bajorrelieves, que iba desde una película difícilmente perceptible hasta cinco o seis pulgadas de grueso. Las partes delgadas eran las más difíciles de tratar, pues eran sumamente duras; en las partes donde el grosor rebasaba las dos pulgadas, a veces bastaba dar unos golpes ligeros con el martillo para quitar piezas de dos o tres pulgadas cuadradas, y en ocasiones tuvimos la suerte de descubrir que bajo ellas los colores que cubrían los ornamentos de estuco aún conservaban su viveza y su brillo.

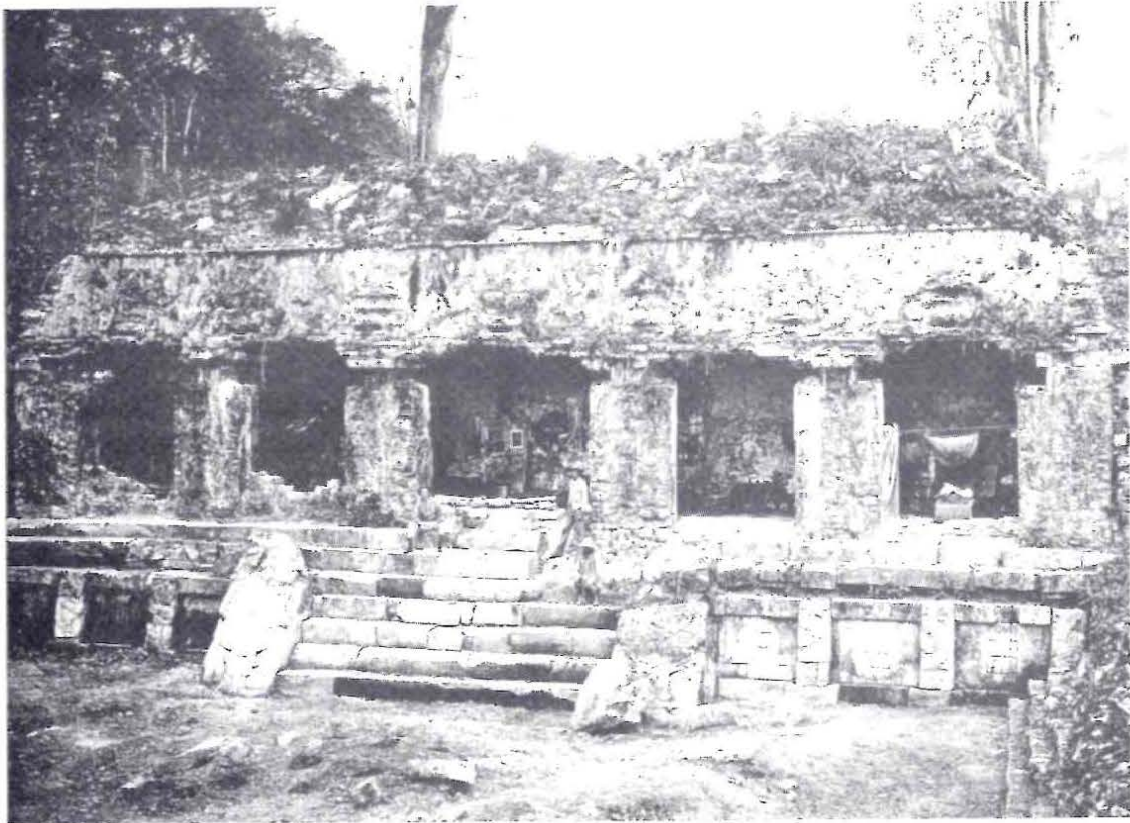
Después de quitar la vegetación, encontramos el patio este tan lleno de desechos procedentes de los edificios medio en ruinas que lo rodean, que en algunos lugares hubo necesidad de excavar hasta cuatro pies, tarea que se nos hizo muy pesada. Se puede uno dar una idea de cómo se veía el patio cuando acabamos de excavar con la fotografía que aparece en la siguiente página (...) La casa situada en el lado norte del patio estaba totalmente en ruinas y gran parte de la mampostería había caído al talud norte del basamento; es muy probable que un terremoto haya sido el causante del daño, pues claramente se ve una grieta que atraviesa el extremo norte del basamento. Desde la mampostería rota se tiene una hermosa vista de la planicie cubierta de bosques que se extiende hacia el norte hasta el Golfo de México.

La casa señalada con una C es el edificio mejor conservado del grupo del Palacio, y fue en el corredor oriental donde nos aposentamos el señor Price y yo, y usamos el corredor occidental como cocina y bodega. La terraza que se encuentra en el lado oeste de la casa señalada con una D era nuestro lugar favorito para pasar la velada, pues allí nos llegaba el viento de la noche y hasta cierto punto escapábamos al ataque de los miles de mosquitos que se convertían en una plaga en cuanto se ponía el sol. En noches de plenilunio, la vista desde esta terraza

del Templo de las Inscripciones, con la alta selva en el fondo, era indescriptiblemente exquisita. La torre, que se muestra en la vista del patio oeste, es un edificio de lo más raro e interesante. Son tres pisos erigidos sobre una sólida cimentación, en cuyo derredor se amontonan muchas cámaras pequeñas ahora en ruinas. El muro exterior tiene grandes aberturas en sus cuatro lados, y encierra un cañón central rectangular de mampostería que contiene la escalera de acceso a los diferentes pisos. Entre el primero y el segundo piso hay uno intermedio con tres cámaras diminutas y un estrecho pasadizo que las comunica sin ninguna abertura al exterior. El piso superior está medio derruido, y toda la estructura estaba en grave peligro de derrumbarse con un fuerte viento debido al peso de los enormes árboles que crecían en ella.



Maudslay exploró la mayor parte del Palacio, hizo un plano del conjunto y señaló con letras las "casas" o recintos del mismo, denominaciones que todavía conservan.



La galería oriental de la Casa C, uno de los recintos mejor conservados del Palacio, fue adaptado por Maudslay como dormitorio durante su estancia en el sitio.

Corriendo el riesgo de accidentarse, mis hombres lograron derribar todos estos árboles, menos uno, y espero que la torre haya quedado a salvo por algunos años. Fue un trabajo muy peligroso, pues los puntos de apoyo no eran seguros y existía el serio peligro de que los árboles al caer desgajaran la mampostería floja. Un solo árbol quedó en pie, pues su caída inevitablemente hubiera dañado el techo de un edificio vecino, por lo que se arrancó al tronco un anillo de la corteza con la esperanza de que así muriera lentamente y se cayera a pedazos.

Los otros edificios del grupo del Palacio no precisan mención aparte; hay en algunos fragmentos de decoraciones pintadas o de ornamentos de estuco, y uno (el "E") tiene empotrado en el muro un medallón de piedra hermosamente esculpido. El rasgo más singular de la mitad sur de este grupo es la existencia de tres pasajes subterráneos que conducen a tres largas cámaras paralelas, dos de ellas encerradas en el basamento y la tercera con puertas hacia el talud sur. Las entradas a dos de los pasajes habían sido cegadas a propósito, y parte de una de las cámaras se había tapiado y relleno, probablemente a fin de dar un cimientito seguro a un edificio que se levantaría sobre ella. Ambos pasajes y cámaras se marcan en el plano con líneas punteadas, pero una

parte de las paredes de las últimas (rodeada por una línea ondulada) se señala con tinta.

Al suroeste del Palacio se encuentra el Templo de las Inscripciones, construido en un basamento que se apoya en una estribación de las colinas. El edificio mismo es hermoso, y tiene una decoración exterior muy esmerada, pero es particularmente interesante por sus tres tableros de piedra, dos empotrados en el muro de en medio y uno en el muro posterior del edificio, en el que hay esculpida una inscripción de seiscientos glifos, la inscripción continua más larga de todas las que se han encontrado hasta ahora en América Central.

Al este del Templo de las Inscripciones, del otro lado del arroyo, hay otros tres templos, que están señalados en el plano como el Templo de la Cruz, de la Cruz Foliada y del Sol. Los tres están construidos siguiendo en gran medida el mismo plan. Todo el friso y los pilares de la fachada [del Templo del Sol] están esmeradamente ornamentados con inscripciones y figuras de estuco, de las que ya no queda mucho. En el techo, sobre el muro que divide los dos corredores, hay una superestructura ornamental (rasgo común a todos los edificios de este tipo) formada por una ligera estructura de piedra que sirve de apoyo a algunas figuras y otros ornamentos

moldeados en estuco, El corredor interno en los tres templos está dividido en tres pequeñas cámaras mediante muros transversales, y en la cámara de en medio, que se construyó tomando como apoyo el muro posterior, está el Santuario. El exterior del Santuario tiene una suntuosa decoración esculpida en piedra y moldeada en estuco, pero el único ornamento que hoy puede verse en el interior es el tablero de piedra esculpida empotrado en el muro posterior.

Los tablero esculpidos en el santuario del Templo de la Cruz Foliada y en el del Sol se encuentran todavía intactos en sus posiciones originales; pero el tablero del Templo de la Cruz, al que los arqueólogos probablemente han dedicado mayor atención que a cualquier otro monumento del arte maya, no ha corrido con tanta suerte. Solamente la piedra a la izquierda del espectador está en su lugar; la piedra central, después de haber sido arrancada de su lugar, partida a la mitad y haber permanecido a la intemperie por muchos años, finalmente ha encontrado un lugar en el Museo de la Ciudad de México; la piedra derecha, luego de que fue rota en pedazos, ha sido pegada con gran cuidado

y habilidad, y actualmente se exhibe en el Museo Nacional en Washington.

El "acueducto" es un túnel con techo de piedra destinado a recibir el agua del pequeño arroyo que corre entre las ruinas. Lamentablemente, el extremo superior del túnel está algo tapado y parte del agua se abre paso por la superficie e inunda la plaza después de los aguaceros. Con Palenque ocurre igual que con Copán y Quiriguá: no tenemos ningún conocimiento de que sea un pueblo vivo. Los españoles se enteraron por primera vez de la existencia de las ruinas a mediados del siglo XVIII, y antes de que hubiera concluido el siglo ya habían sido inspeccionadas y se habían presentado informes sobre ellas ante la instancia del Gobierno Colonial. Que estas inspecciones se llevaron a cabo con cierta desconsideración y que pueden ser la causa de parte del daño sufrido por los edificios se demuestra en la siguiente cita del informe firmado por Antonio del Río:

Estaba seguro de que para tener una idea de los primeros habitantes y las antigüedades relacionadas con sus instituciones sería indispensable hacer varias excavaciones... A fuerza de perseverancia



La esquina sureste del Palacio de Palenque, después de los trabajos de desmonte, 1891. La foto fue tomada por Maudslay desde la plataforma sobre la que descansa el Grupo de las Cruces.

hice todo lo que se necesitaba hacer, de modo que finalmente no quedó ni una ventana, ni una puerta tapiada, ni una división que no se derribara, ni habitación, corredor, patio, torre, ni pasaje subterráneo donde no se hicieran excavaciones de dos a tres yardas de profundidad.

En el presente siglo, los viajeros han visitado las ruinas con frecuencia, y se han publicado muchas descripciones de ellas: entre las mejor conocidas están las de Dupaix, Waldeck, Stephens y Catherwood, Morelet y Charnay. Sin embargo, aún queda mucho que hacer: todavía no se ha limpiado ninguno de los basamentos de los escombros que cubren los taludes, y se ha puesto muy poca atención a las tumbas y los túmulos, que según sé son muy numerosos y creo que resultarán de lo más interesantes. Ahora que se han derribado los árboles más pesados que rodeaban al edificio principal, el trabajo de investigación será un tanto más fácil, pero la vegetación crece a tal velocidad que el visitante siempre tendrá que hacer una buena labor de limpieza antes de poder tener una vista satisfactoria de los edificios. El señor W. H. Holmes, del Field Columbian Museum de Chicago, quien visitó las ruinas en 1895, sólo cuatro años después de que yo las había limpiado, me escribió diciéndome que había tenido que usar mapa y compás, y abrirse camino de un edificio a otro, porque una densa vegetación de más de veinte pies de alto los ocultaba completamente de la vista.



Maudslay encontró que los edificios de Palenque, habitualmente dotados de doble crujía abovedada, eran semejantes a los de Chichén Itzá, Yucatán. Esta foto, una de las más conocidas del arqueólogo inglés, lo muestra en la habitación que improvisó en el Edificio de Las Monjas de Chichén.

Un viaje desafortunado

Henry Graham Greene fue uno de los autores más notables e influyentes de la literatura británica del siglo XX. Hijo de un director de colegio, nació el 2 de octubre de 1904 en Berkhamsted, Inglaterra. De acuerdo con algunos de sus biógrafos, tuvo una infancia problemática. Su terapeuta recomendó que practicara la creación literaria como una forma ideal de tratar sus agitadas emociones. Estudió Historia Moderna en Oxford y después de graduarse trabajó en el periódico *Nottingham Journal*, donde conoció a su futura esposa, Vivien Daryell-Browning. Se casó con ella en 1926, aunque para ello debió abandonar la Fe anglicana y abrazar la católica. Lo hizo por complacer a Vivien, conversa reciente, pero con el tiempo demostró un gran fervor por la religión adoptada.

Durante la década de los 30's tuvo un papel destacado como crítico de cine, época en que comenzó a interesarse por la situación social y política de México y, en particular, por el áspero conflicto desatado entre los gobiernos post-revolucionarios y la Iglesia Católica. El presidente Álvaro Obregón encauzó una feroz persecución contra la Liga Nacional de Defensa Religiosa, organizadora de la guerrilla cristera, el brazo armado del poder eclesiástico. El asesinato de Obregón, aparentemente organizado por la Liga, recrudeció el conflicto, que cesó hasta la presidencia de Plutarco Elías Calles. Quizá el mejor representante del anticlericalismo oficial de aquellos tiempos fue Tomás Garrido Canabal, gobernador de Tabasco, quien prohibió de manera brutal y tajante el culto religioso en ese estado. Deseoso de observar y dejar testimonio escrito de la persecución contra los católicos, Greene planeó un viaje a nuestro país, que realizó hasta 1938. No obstante, para ese entonces la Iglesia y el Estado ya habían firmado acuerdos y las hostilidades habían cesado.

Llegó a México por Laredo, en la frontera norte, y cruzó el país en dirección sur, encontrando solamente las llagas de la violencia anticlerical. Como resultado de su travesía escribió "Camino sin Ley" (*The Lawless Roads*), publicado en 1939, donde relata las vicisitudes, penurias y paisajes agrestes que padeció durante su viaje. En el presente número de nuestro boletín hemos incluido un extracto de dicha obra, *Visitando las ruinas*, donde Greene narra cómo, en su afán por llegar a San Cristóbal de las Casas, Chiapas, desde Villahermosa, Tabasco, debió pasar por Palenque. Afectado por el calor, la fiebre, los mosquitos, las cabalgaduras y los malos caminos, Greene sintió desfallecer y su narración se convirtió en un largo, desesperado y dramático lamento. Bajo tales

condiciones y sin tener un claro interés por la cultura maya, resulta hasta cierto punto comprensible que el sitio arqueológico de Palenque le haya parecido irrelevante y su breve estancia en el lugar, francamente insoportable. A pesar de ello, su relato es interesante, pues ilustra las dificultades que ofrecía llegar a las ruinas hacia el primer tercio del siglo XX.

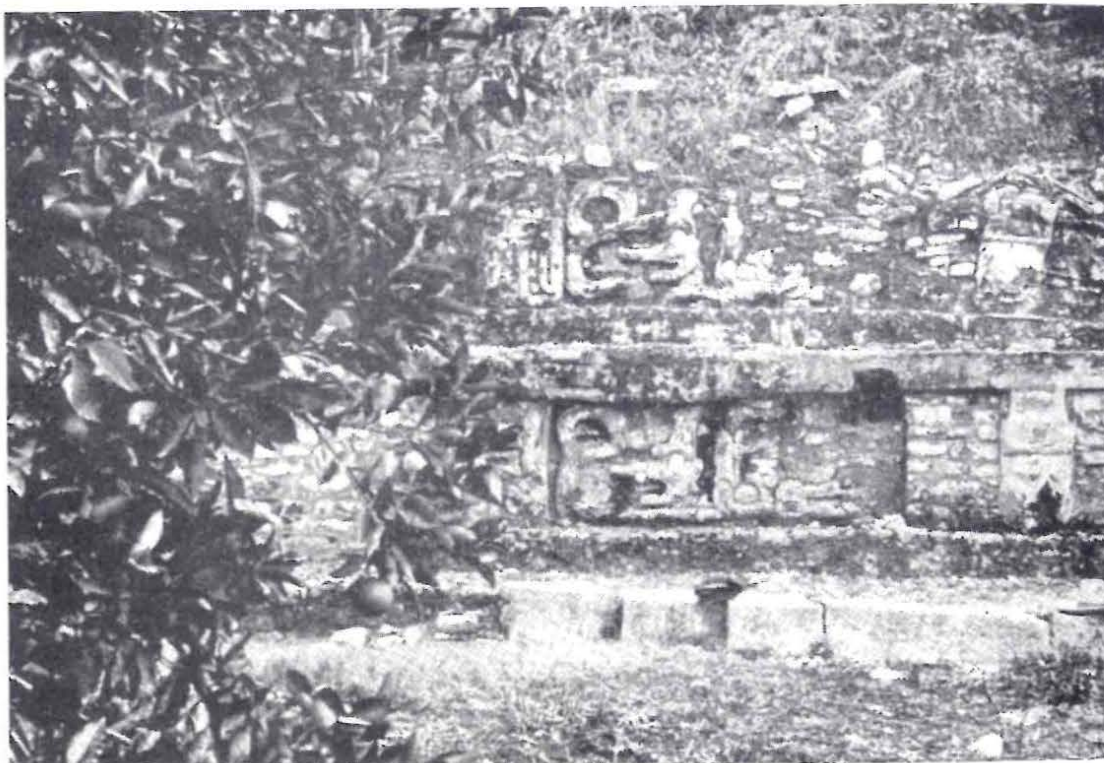
Sus críticas exacerbadas contra el gobierno y las costumbres mexicanas determinaron que "Camino sin Ley" fuese prohibida en México hasta hace un par de décadas. Poco después escribió "El Poder y la Gloria" (*The Power and the Glory*), novela cumbre que relata la vida de un cura alcohólico mexicano inmerso en la corrupción y los juegos de ambiciones surgidos durante la guerra cristera. Esta obra fue duramente criticada por el Vaticano. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Greene se enroló en el servicio secreto inglés, desempeñándose como espía en distintos países, pero principalmente en Liberia y Sierra Leona.

Sus viajes le dieron un amplio repertorio de temas que desarrolló en varias novelas, como "El Tren de Estambul" (*Stamboul Train*), obra que fue llevada a la pantalla cinematográfica. Estimulado por este éxito, escribió el guión de "El Tercer Hombre", película dirigida por Orson Welles y que ganó el primer premio del Festival de Cannes, Francia, en 1949. A través de su vida, Greene visitó diversos países en conflicto, incluyendo Vietnam, Kenya, Polonia, Cuba, Nicaragua y Haití. Por citar solamente algunas de sus obras, en 1955 publicó "El Americano Impasible" (*The Quiet American*) novela que tiene como trasfondo la intervención yanqui en Indochina. Tres años después, en 1958, vio a la luz "Nuestro Hombre en la Habana" (*Our Man In Havana*) que describe el turbulento ambiente de Cuba durante el régimen de Fulgencio Batista. En 1966 publicó "Comediantes" (*Comedians*), novela que describe con crudeza el represivo régimen de Haití.

Su interés por la política centroamericana de los Estados Unidos le llevó a entrevistarse habitualmente con figuras tales como Fidel Castro, el líder panameño Manuel Noriega y el nicaragüense Daniel Ortega, convirtiéndose en crítico del presidente Ronald Reagan. A partir de 1966 Graham Greene se instaló en la Riviera Francesa y se dedicó a viajar. Murió en Vevey, Suiza, el 3 de abril de 1991, a los 86 años de edad.

Visitando las ruinas *

Graham Greene



Cuando Greene visitó Palenque, en 1938, los edificios de la ciudad no habían sido consolidados y la vegetación, que había sido desalojada por los exploradores previos, nuevamente crecía sobre ellos. Esta foto de la fachada norte del Palacio fue tomada por el arqueólogo Miguel Ángel Fernández poco tiempo después de la visita del escritor inglés, hacia el año de 1940.

El destino me había conducido de algún modo hasta Palenque, y por lo tanto decidí que ya que estaba me convenía ir a ver las ruinas; pero fue una estupidez, después de esa larga cabalgata y de esa noche febril, ir a verlas a la mañana siguiente. Y también fue una estupidez salir tan tarde, a las siete, porque ya eran casi las nueve y media cuando llegamos, y el sol tropical ardía. No era tanto la rigidez muscular lo que ahora me incomodaba; era una sensación de fiebre, una náusea incontenible, sin energías para vomitar; un deseo de acostarme y no volver a levantarme nunca más, una sed continua. Traté de conseguir un poco de agua mineral para el viaje, pero nuestras compras del día anterior habían limpiado ya las tiendas, y sin embargo, aunque ni me lo imaginaba, estaba en uno de esos pocos lugares de México donde el agua es potable. En todas partes había manantiales; cuando ascendíamos por la selva espesa y calurosa, los veíamos centellear entre los árboles, caer en diminutos torrentes, extenderse,

como un arroyo de Devon, sobre las piedras de algún pequeño claro. Pero no la bebía; me reducía a contemplar con enfermiza envidia las mulas que se hartaban de agua, temiendo que los arroyos hubieran sido contaminados aguas arriba por el ganado, como si alguna especie de ganado pudiera vivir en esa selva espesa; pasamos junto al esqueleto blanqueado de alguien, al lado del sendero.

Así inicia siempre uno sus viajes por los países desconocidos: al principio tomando demasiadas precauciones, hasta cansarse del esfuerzo y abandonarlas justo en el peor momento. Cómo odiaba a mi mula, que bebía donde yo quería beber, y masticaba todo el tiempo, como el dentista norteamericano, deteniéndose a cada paso de su ascenso por la montaña para arrancar un bocado de hierbas. Nadie había abierto todavía en forma el camino a Palenque; a veces el guía tenía que abrirse paso con el machete, y al final el sendero subía con una pendiente vertiginosa; no puede haber sido

* Extracto de la obra de Graham Greene *Caminos sin Ley*, CONACULTA, México, 1996. Agradecemos a Arnoldo González la sugerencia de incluir este texto en nuestro boletín y el habernos facilitado dicha obra.

menos de sesenta grados. Yo me sostenía del cabezal y dejaba que la mula se las arreglara como pudiera; de todos modos, ya no me importaba nada. Y luego, por fin, a dos horas y media del pueblo, aparecieron las ruinas.

Yo no había estado nunca en Chichén Itzá, pero juzgando por las fotografías las ruinas de Yucatán son inconmensurablemente más majestuosas que las de Palenque, aunque supongo que si a uno le gusta la naturaleza salvaje el paisaje de Palenque es más hermoso; sobre una gran meseta circular, en la mitad de la ladera de la montaña, entre la selva que desciende vertiginosamente de un lado hacia la llanura y asciende casi vertical del otro, en el claro propiamente dicho, no hay más que unas cuantas chozas de indios, malezas y piedras y grandes amontonamientos de cascajo coronados por unas ruinas de un solo piso, de roca gris, tan gastadas por el tiempo que ya tienen formas de líquenes y parecen más vegetales que minerales. Y nada de sombra, en ninguna parte, hasta que uno se trepa por las empinadas pendientes que se desmoronan, y se inclina para entrar en los oscuros y frescos cuartitos como baños donde se han formado algunas estalactitas, y donde sobre algunas piedras hay

ciertos arañazos tenues que ellos llaman jeroglíficos. Al principio uno sólo advierte uno de esos templos o palacios, ubicado en medio del claro sobre su pirámide, que al parecer no es mucho más impresionante que una granja de piedra en ruinas en las proximidades de Oxford; pero luego uno mira en torno, y esforzando la mirada, empiezan a surgir, emergiendo oscuramente de la selva, tres, cuatro, cinco, seis, no sé cuantas de esas roídas reliquias. No hay obras de restauración de ningún tipo, y uno las ve a punto de ser nuevamente devoradas por la selva; se asomaron un minuto, con sus viejas caras arrugadas, y pronto volverán a desaparecer.

Bueno, yo había dicho a todo el mundo que estaba en Chiapas para ver las ruinas, y ya las había visitado; pero no sentía ninguna urgencia por verlas, y tampoco tenía fuerzas para subirme a todas esas montañitas y mirar el interior de esas cámaras frías y viperinas; sólo vi dos. Pensé que estaba a punto de desmayarme; me senté en una piedra y miré en torno: árboles, solamente árboles, uno tras otro hasta donde se perdía la vista. No me parecía un país donde se pudiera vivir, con ese calor y esa desolación; era un país donde sólo se podía morir, y dejar ruinas tras de sí. El año pasado hubo más de doscientos terremotos



En 1938, el Templo de las Inscripciones estaba totalmente cubierto por la selva. Quizá su aspecto no era muy distinto al que presentaba en 1877, cuando Teobert Maler tomó esta imagen de tal edificio.

en la ciudad de México...Uno contemplaba el futuro, mientras contemplaba el pasado.

De alguna manera conseguí bajar hasta el pie de la elevación, y vi que mi guía se alejaba con el indio que cuida el lugar hacia otro palacio; no pude seguirlos. Con un esfuerzo que me parecía espantoso, conseguí mover las piernas y me volví a los jacales de los indios; una especie de obstinación me desbordó en medio de la fiebre: no visitaría las ruinas, no volvería a Palenque, simplemente me acostaría y esperaría, esperaría un milagro. La choza indígena no tenía paredes; era simplemente un techado de ramas, con una o dos gallinas que rascaban el polvo, y una hamaca y un cajón. Me acosté de espaldas en la hamaca, y me quedé mirando el techo; afuera, según afirmaban las autoridades, estaban el templo de las Leyes, el templo del Sol, el templo de la Cruz de Palenque. Yo ya sabía dónde podían meterse todos sus

comprensión.

Muy desgadamente, muy lentamente, me arrastré unos cuatro metros hasta otra choza abierta, y otra hamaca. Una joven indígena, con grandes aretes de plata y rostro feliz y sensual, empezó a preparar atole; un líquido claro y gris, como una bebida de abstemios, que no hace mal. Sin mayor esperanza, propuse al guía:

¿Por qué no quedarnos a dormir aquí?

Ya sabía qué me contestaría: los mosquitos; era una persona habituada a las comodidades. Volvió a evocar el sueño del alemán y su hija simpática; yo seguía tendido de espaldas, incrédulo. La finca, decía, estaba a poca distancia de Palenque. Iríamos al anochecer, con el fresco. Seguí bebiendo atole, taza tras taza. Supongo que tendría algún efecto tonificante, porque recuerdo muy vagamente que de pronto pensé: "Oh, demonios, si tengo que

“En unas pocas semanas uno se acostumbra a la idea de vivir o morir en los ambientes más extravagantes. El hombre posee una adaptabilidad aterradora”

templos... Y más lejos, todavía, estaba Inglaterra. No tenía ninguna realidad. En unas pocas semanas uno se acostumbra a la idea de vivir o morir en los ambientes más extravagantes. El hombre posee una adaptabilidad aterradora.

Supongo que me quedé dormido, porque de pronto vi que el indio y el guía me contemplaban. Advertí que el guía estaba preocupado. Se sentía responsable, y eso no le gusta nada a ningún mexicano. Es como un miembro útil, nunca usado, del que se han habituado a prescindir. Dijeron que si me trasladaba a la otra choza me conseguirían un poco de café. Sentí que era una trampa: si lograban que me moviera, podrían hacerme montar nuevamente en esa mula, y entonces se repetirían las dos horas y media de cabalgata hasta Palenque. Una hora había perdido todo sentido para mí; era como una cifra, que expresaba una cantidad demasiado grande para la

enfermarme gravemente, da lo mismo que me enferme en el pueblo, donde este maldito guía no me molestará...” Me trepé a la mula, y una vez encima resultaba tan fácil seguir allí sentado casi como estar tendido en la hamaca; me reduje a aferrarme del cabezal, y dejar que la mula se encargara de lo demás.

Nos deslizamos lentamente hacia la llanura, resbalando en las raíces de los árboles. Yo estaba demasiado exhausto para sentir temor. Y cuando de algún modo llegamos, me caí de la mula, me dirigí directamente a la hamaca del maestro y me acosté. Lo único que deseaba era no moverme. El maestro regordete y afable se sentó en el umbral y sostuvo una conversación filosófica con un campesino que pasaba.

—El sol es el origen de la vida — decía, señalando hacia arriba con un dedo.



Greene supuso que los edificios de Yucatán eran más monumentales que los de Palenque. Trabajos de consolidación en el Castillo de Chichén Itzá (1931-1936), a cargo de José Erosa Peniche.

Yo me sentía demasiado mal para pensar en ese momento en los maestros de escuela de Rivera, vestidos de níveo blanco, que alzando dedos episcopales bendecían a los niños con esta clase de conocimientos.

—Es verdad. Sin el sol dejaríamos de existir.

Yo seguía acostado, bebiendo taza tras taza de café; los maestros de escuela almorzaban, pero yo no podía comer; me limité a seguir tomando café, para expelerlo nuevamente en forma de sudor. El líquido no tenía tiempo de digerirse; reaparecía por los poros, mucho antes de llegar al estómago. Durante cuatro horas estuve bañado de sudor; era bastante parecido a la felicidad. Afuera, por la calle, no pasaba nadie; hacía demasiado calor para vivir. Sólo se oía el aleteo de uno o dos zopilotes, y el relincho de un caballo en los campos.

Visión del paraíso

La finca existía. Cuando el sol bajó, me dejé persuadir y volví a montar la mula; y allí, del otro lado de una faja de árboles, estaba la finca, a un cuarto de hora apenas de Palenque; frente a un prado inclinado y un arroyo con un puentecito roto, entre vacas que pastaban; mientras vadeábamos el río

divisábamos los naranjos de la entrada; un tulipán en flor, y un hombre y una mujer sentados uno al lado del otro en el portal, en mecedoras; era como estar en Estados Unidos: la mujer tejía y el hombre leía el diario. Era como el cielo (...).

¿**Quieres** recibir Lakamha' como un archivo pdf en tu cuenta de correo electrónico?

¿**Tienes** dudas o comentarios?

Lakamha@hotmail.com

El texto glífico asociado con este personaje lo identifica como *Sajal B'olon Okib'* y establece que era originario de *Ox Te' K'uh*, “(Lugar de) los Tres Dioses-Árboles”, una cabecera provincial palencana que muy probablemente estaba ubicada en las llanuras de Tabasco.



Sajal *B'olon* *Okib'* *Aj Ox Te' K'uh*

El noble luce un tocado cónico y sostiene una bolsa de incienso decorada con la imagen del dios Tláloc, entidad de origen teotihuacano que fue asimilada en el área maya desde el Periodo Clásico Temprano. *Sajal B'olon Okib'* abraza una gran madeja de cuerda, cuyos extremos caen hacia ambos lados. Una cláusula glífica del tablero señala que este noble “tomó la soga” (*k'am tab'*) el 3 de febrero del 734 d. C., sin duda aludiendo a la acción ilustrada en la escena, aunque el resto de la cláusula resulta difícil de interpretar. Es muy probable que esa cuerda ritual haya sido empleada en una ceremonia relacionada con la consagración del Templo XIX, ocurrida 24 días antes, el 10 de enero de 734, y de los templos XX-A y XXI, sucedida dos años después, el 9 de junio de 736 d. C. Entre otros significados, dentro de las creencias mayas la cuerda representó la continuidad entre las generaciones (como imagen del cordón umbilical), el vínculo entre los hombres y los dioses a través de los niveles del cosmos (la *kuxam sum*, “cuerda viva”, de los yucatecos) y un medio de comunicación simbólica con los antepasados.

**Personaje central del Tablero Oeste,
Trono del Templo XIX
Piedra caliza
circa 736 d. C.
Museo de Sitio "Dr. Alberto Ruz L'Huillier"
de Palenque**

